

# DE MEDELLIN A PUEBLA

---

En octubre de este año en la ciudad de Puebla (México) se reunirá la III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO. En estos días va llegando a diferentes sectores de nuestra Iglesia el "Documento de consulta a las Conferencias episcopales" que el CELAM, como encargado de la preparación del encuentro, ha publicado.

III CONFERENCIA GENERAL. La primera se celebró en Río de Janeiro en 1955. Allí nació el CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano). Fue un gran paso. Nuestras naciones, divididas y balcanizadas desde los albores de su independencia por los imperios de turno, habían vivido siempre desconociéndose, dándose las espaldas, vueltas hacia los centros culturales y comerciales de otros continentes. El que nuestros Obispos fueran capaces en ese momento de percibir la dimensión latinoamericana de nuestros problemas, adelantándose en esto a otras instituciones sociales, es un mérito que hay que señalar.

El CELAM, desde su fundación, ha venido promoviendo encuentros, reuniones, cursos, estudios y publicaciones, que han contribuido al "aggiornamento" de la Iglesia. Además ha creado entre obispos, sacerdotes y no pocos laicos de todo el Continente esa conciencia de latinoamericanidad creciente y actuante.

Pero la hora más grande del CELAM le llegó en 1968, cuando el Papa le encargó la preparación y realización de la II CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO que tuvo lugar en la ciudad de MEDELLIN (Colombia). Desde entonces "medellín" en el lenguaje cristiano latinoamericano y aun mundial, es un hito de referencia a un modo de ser cristiano hoy y aquí, es el reconocimiento de que el cristiano latinoamericano tiene que decir su propia palabra, no la palabra importada y colonizadora, para poder hacer en la historia concreta su seguimiento de Jesús.

Medellín fue la aplicación y concreción del Concilio Vaticano II a nuestros países. El Concilio había dicho que "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de todos los que sufren, son los gozos y las esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo". Cuando los Obispos latinoamericanos reunidos en Medellín miraron a su alrededor, descubrieron desde el fondo de su corazón humano y cristiano, que en el pueblo no "había gozos y esperanzas" sino tristezas y angustias... Mejor dicho: descubrieron que los "gozos" de unos pocos y la explotación de nuestras riquezas por el "imperialismo internacional del dinero", eran la causa radical de los sufrimientos, de la pobreza, de la "angustia y la tristeza" de las mayorías populares latinoamericanas.

Es curioso lo que sucedió en Medellín. Porque solamente dos años antes, el CELAM, reunido en Mar de Plata, también preocupado por la situación del continente, había señalado como tareas propias de nuestra Iglesia la promoción del desarrollo y la integración latinoamericana. Era una formulación del interés de la Iglesia por los problemas de nuestro mundo, pero era una formulación ingenua que no iba más allá de las proclamaciones de la Alianza para el Progreso.

Sólo dos años más tarde, la formulación se hace mucho más profunda y crítica. Claro que el año anterior a Medellín había aparecido la Encíclica "El Desarrollo de los Pueblos" en la que Pablo VI, al señalar que el desarrollo debe ser "de todo el hombre y de todos los hombres" y al denunciar el "imperialismo internacional del dinero", había señalado los fundamentos de la crisis de lo que luego se llamó el desarrollismo.

Pero Medellín fue aún más allá. En primer lugar porque al reflexionar teológicamente sobre la situación, al pensar lo que diría de ella el Dios de la Biblia, la clasificó como "situación de pecado", como "pecado institucional" y alentó, lógicamente, la acción de la Iglesia frente a ese pecado. En segundo lugar, porque los obispos, así abiertos al sufrimiento del pueblo, eligieron el marco teórico adecuado para determinar en la dependencia externa y en el colonialismo interno la causa capital de la situación y proclamaron bíblicamente a la liberación como la lucha contra ella. Pero sobre todo, porque supieron descubrir el "sujeto his-

tórico" capaz de realizar esta tarea hasta la creación de un orden nuevo: el pueblo oprimido. "Alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base, por la reivindicación y consolidación de sus derechos y por la búsqueda de una verdadera justicia" (Conclusiones de Medellín, Doc. 2, PAZ, n. 27), se transformó en norma pastoral prioritaria de todos los que asumieron el Espíritu de Medellín.

Porque en la mirada al mundo de Medellín, en medio de las "tristezas y las angustias" dominantes, los obispos encontraron también "esperanzas". Un pueblo que había comenzado a caminar su propio camino de fraternidad y de lucha por la justicia. No eran muchos; a veces caminaban aún a tientas, pero en su unirse y su caminar había una marcha creativa, de planteos coherentes con la Fe, de anhelos, de audacia y compromiso por una justicia mejor. En esa marcha del pueblo cristiano organizado, en la de los hombres de buena voluntad que se comprometían en la creación de un mundo nuevo, los obispos supieron ver el camino del Espíritu de la Historia.

Han pasado 10 años de Medellín. En Puebla se reúne la III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO.

En esos años una parte de la Iglesia no se ha comprometido con Medellín. Pero otra parte, en todo el Continente, con diversos ritmos y grados de compromiso, se acogió aquella llamada del Espíritu. Obispos, sacerdotes y laicos, hacían surgir en la Iglesia de siempre una Iglesia renovada, la Iglesia del pueblo en marcha hacia la liberación.

Liberación cristiana. Que nace por el Espíritu de Jesús, que se hace tarea en este mundo y que celebra y espera la plenitud del don del Padre. Liberación que nace de la Palabra, pero que se hace en la construcción del Reino. En una "situación de pecado" el Reino no tiene lugar. Y los que se comprometen con él tampoco. Ni la Iglesia, en cuanto deja de funcionar como legitimadora del orden establecido. El sistema lucha contra la Iglesia liberadora. A los que callan, a los que bendicen bancos y armas, el sistema los aplaude, los condecora, los ayuda... A los que se limitan a recordar principios generales, a afirmar buenas intenciones, a proferir denuncias proféticas que no ponen nombre y apellido al opresor, el sistema los tolera... Pero a los que luchan por la liberación, los calumnia, los amenaza, los persigue...

Una parte de la Iglesia camina hoy "entre las amenazas del mundo y las bendiciones de Dios". Y llama a toda la Iglesia, de dentro y de fuera del continente, a una conversión. Para convertirse la Iglesia tiene que cambiar. Desde luego, perderá el lugar de privilegio que le había dado la "cultura occidental". Y tiene que acomodar sus formas institucionales, sus recursos, tiene que revisar sus solidaridades y sus modos de acción.

Medellín miró a los pobres de América Latina y desde ellos y para ellos dijo su palabra. Puebla tiene que mirar a la Iglesia para revisarse y reformarse a fin de poder "hacer la palabra". Debe dejarse juzgar por el Evangelio y por la Historia. Y renovarse. Puebla será eso o no será nada...

En esta edición de SIC miramos con esperanza hacia Puebla. Y con un cierto temor al "Documento de Consulta" preparado por el CELAM. En los artículos presentamos una visión del Dios de Jesús, siempre mayor que los esfuerzos del hombre por encasillarlo dentro de sus categorías parciales; hay también un estudio de los textos bíblicos y la eclesiología que aparece en el "Documento de consulta"; y una reflexión sobre el "sujeto histórico" a quien convocaría este documento y sus relaciones con la situación del capitalismo actual. En la sección de documentos presentamos la palabra de ese profeta latinoamericano que es Mons. Casaldáliga, que llama al CELAM a ser fiel a Medellín; las reflexiones de un teólogo laico sobre algunos de los problemas y enfoques que Puebla debe abordar; y la defensa que 100 teólogos alemanes de gran prestigio hacen a la teología de la liberación, frente a los ataques interesados de ciertos grupos.

Es nuestra palabra que se une a la de tantos cristianos, obispos, sacerdotes y laicos, que en estos momentos ven en el Espíritu de Medellín el Espíritu de Jesús.